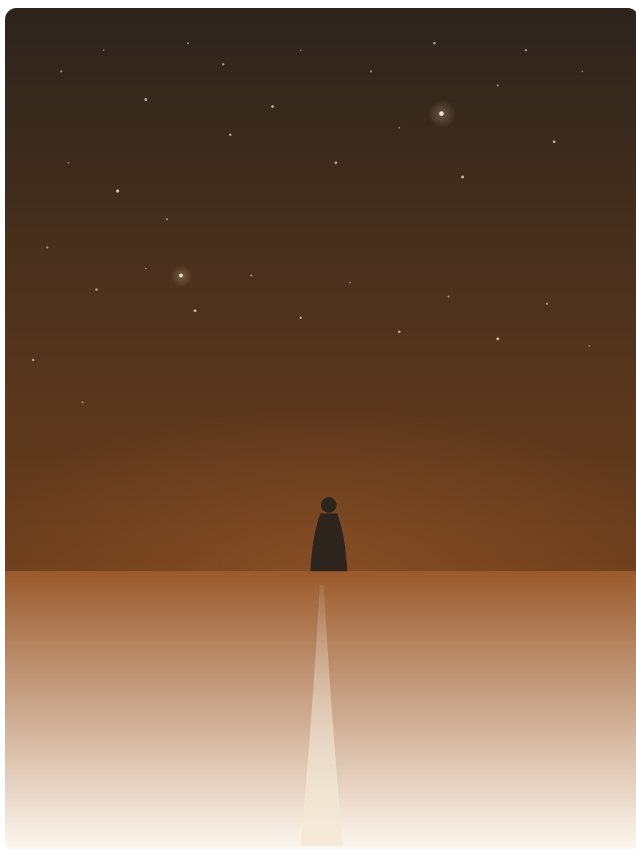




LIBRO SEMANAL #1

Cuando no veo el camino

*Historias y palabras para sostener la
esperanza en la incertidumbre*

Escrito por José Martínez · Potenciado con IA



*Para quien hoy no sabe qué va a pasar
mañana,
y aun así se levanta.*

«Cuando no veo el camino»

Libro semanal #1 de la serie «Cuando no veo el camino»

Historias y palabras para sostener la esperanza en la incertidumbre.

Escrito por José Martínez · Potenciado con IA.

Edición para lectura digital (EPUB / celular) e impresión bajo
demanda.

Todos los derechos reservados.

Contenido

1. Prólogo

2. Carta al lector

3. Las estrellas de Abraham

4. Los 33

5. El cuarto pequeño

6. Cada mañana

7. El hombre que buscó sentido

8. Cuatro cosas que quiero enseñarte

9. Palabra de cierre

10. Antes de cerrar el libro

11. Bibliografía y fuentes

Prólogo

Durante mucho tiempo le hice a Dios la misma pregunta: ¿cómo puedo generar valor en la vida de las personas?

Llegaron muchas respuestas a mi cabeza. Estudiar teología. Ser pastor. Ser consejero. Ninguna terminaba de encajar, y el camino no aparecía por ningún lado. Pero había algo que sí tenía claro, algo que no se me movía: tenía que encontrar la manera de llegar a más gente y llevarles la palabra de Dios.

Jehová. Yahvé. El Eterno. El Creador. Son muchos los nombres y muchas las tradiciones. Pero hay uno solo en común: Dios.

Y creo que Él nos dio la bendición de vivir en este tiempo, y una todavía más grande: las personas que caminan a nuestro lado. Ángeles de carne y hueso que muchas veces ni saben que lo son. Los que aparecen cuando la vida aprieta. Los que nos ayudan a atravesar lo que solos no podríamos.

Hoy por fin veo el camino, y es este: entregarte libros pequeños, con historias reales en las que quizá te reconozcas. O en las que reconozcas a alguien que quieres y que hoy la

está pasando mal.

No te pido mucho. Solo que la leas. Que la compartas. O que, si mientras lees se te viene alguien a la mente, se la lleves.

Esta es la bendición que Dios me permitió compartir contigo. Ojalá te encuentre bien.

Con todo mi aprecio,



José Martínez

Carta al lector

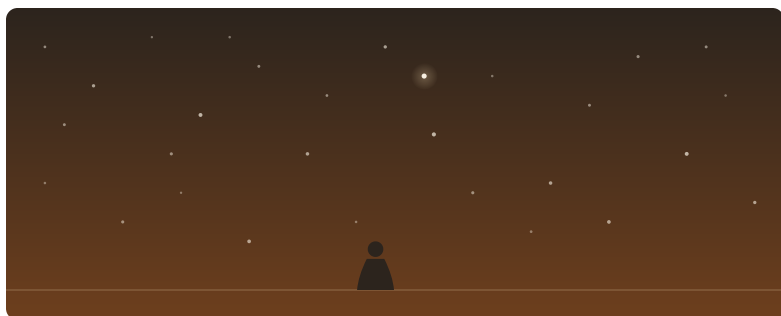
Si tú me preguntaras “¿y si no encuentro el camino?”, yo no te diría “no te preocupes, todo va a estar bien”. Te tomaría de la mano y te diría la verdad: a veces no se ve el camino. A veces caminamos de noche, sin mapa, sin saber qué hay después de la próxima curva.

Este libro no es para explicarte por qué pasan las cosas difíciles. Es más pequeño y más grande que eso. Es para recordarte —y para recordarme a mí también— que no hace falta ver todo el camino para dar el siguiente paso. Solo hace falta una mano que sostenga la tuya, y una luz, aunque sea pequeña, que alcance para ver dónde pisar ahora.

Aquí te voy a contar historias de personas reales: unos mineros atrapados bajo tierra, una mujer escondida en un cuarto diminuto, un hombre que pasó veintisiete años esperando, otro que perdió casi todo y aun así encontró para qué vivir. Y te voy a compartir palabras muy antiguas, escritas por gente que también caminó a oscuras y decidió confiar de todos modos.

No te prometo que el camino se vuelva fácil. Te prometo que no lo caminas solo.

Vamos, dame la mano. Empecemos.



CAPÍTULO 1

Las estrellas de Abraham

Hay noches en que el miedo más grande no es lo que ya pasó, sino lo que todavía no sabemos. Es esa sensación en el pecho de estar parado frente a una puerta cerrada, sin saber qué hay detrás. Si alguna vez sentiste eso —el estómago apretado, las ganas de que alguien simplemente te diga “esto es lo que va a pasar”— quiero que sepas que no eres el único, y que esta historia empieza justo ahí.

Hace mucho, mucho tiempo, había un hombre llamado Abram. Era viejo —muy viejo, de esos años en que ya uno piensa que ciertas cosas simplemente no van a suceder— y no tenía hijos. Y para él eso dolía como un vacío que se sentía todos los días. Una noche, Dios lo sacó de su tienda y le dijo algo curioso: no le mostró un plano, no le explicó los próximos veinte años de su vida. Le dijo: “Mira hacia el cielo

y cuenta las estrellas, a ver si puedes. ¡Así de numerosa será tu descendencia!” (Génesis 15:5, NVI). Y Abram, ahí parado bajo la noche, sin ninguna prueba, sin ningún mapa, decidió creer.

¿Te das cuenta? Dios no le dio un itinerario. Le dio una imagen. Un cielo lleno de puntitos de luz que ni siquiera se pueden contar. Y con esa imagen, sin saber los detalles, Abram empezó a caminar.

Muchos siglos después, en 1972, un avión con un equipo de rugby se estrelló en la cordillera de los Andes, entre nieve y montañas altísimas. Los que sobrevivieron quedaron atrapados setenta y dos días, sin saber si alguien los estaba buscando, sin saber si iban a salir con vida. Dos de ellos, Nando Parrado y Roberto Canessa, tomaron una decisión enorme: caminar. Sin mapa, sin saber exactamente qué había del otro lado de la montaña, empezaron a subir, un paso, y después otro, y después otro, durante días, hasta que finalmente encontraron a alguien que pudiera ayudarlos.

Ni Abram vio el final de su historia esa noche bajo las estrellas. Ni Nando y Roberto vieron, al empezar a subir la montaña, el momento exacto en que iban a encontrar ayuda. Los dos dieron el paso antes de tener la certeza. Eso es algo muy distinto a no tener miedo. Es tener miedo y caminar de todos modos, porque hay algo —una imagen, una promesa, una mano invisible— que sostiene por dentro.

A veces yo quisiera tener un mapa completo de la vida. Poder decir “esto va a pasar a los diez años, esto a los veinte, y todo va a salir bien”. Pero la vida no funciona así, ni para ti ni para mí. Lo que sí puedo ofrecerte es esto: cuando no veas el

camino completo, mira hacia arriba. No hace falta contar todas las estrellas. Solo hace falta creer que están ahí, aunque esta noche el cielo esté nublado.

Y hay algo más que quiero que sepas, algo que vamos a repetir varias veces en este libro porque es el corazón de todo: no se trata de que el valle desaparezca del mapa. Se trata de que no lo caminas solo. “Aun si voy por valles tenebrosos, no temo peligro alguno porque tú estás a mi lado; tu vara de pastor me reconforta” (Salmo 23:4, NVI). El valle sigue ahí. Pero hay compañía dentro de él.

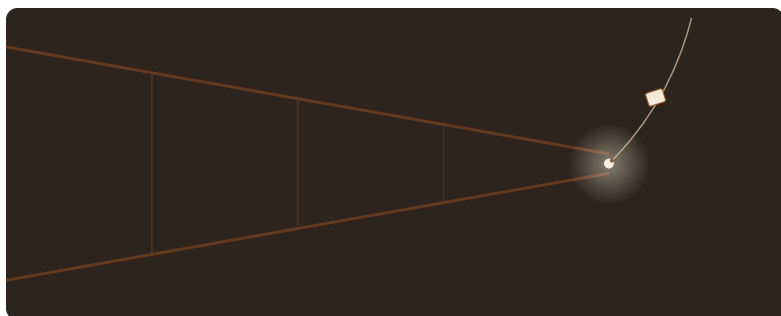
LA PALABRA

Génesis 15:5-6 (NVI)

Salmo 23:4 (NVI)

PARA PENSAR

- ¿Hay algo en tu vida ahora mismo donde no ves “el mapa completo”?
 - Si hoy solo tuvieras que dar un paso, no cien, ¿cuál sería ese paso?
-



CAPÍTULO 2

Los 33

¿Sabes cuál es una de las cosas que más asustan cuando algo malo pasa? No solo el peligro. Es pensar que nadie sabe dónde estás. Es gritar y no saber si alguien te escucha. Esa soledad a veces pesa más que el problema mismo. Si alguna vez te sentiste así —perdido, callado, esperando una señal de que alguien viene por ti— quédate conmigo, porque esta historia es exactamente sobre eso.

En el año 2010, en un lugar llamado San José, en Chile, treinta y tres hombres bajaron a trabajar a una mina, muy adentro de la tierra, casi setecientos metros bajo la superficie. Y la mina se derrumbó. Quedaron atrapados ahí abajo, en la oscuridad, sin saber —durante diecisiete días— si alguien en la superficie sabía siquiera que seguían vivos. Diecisiete días. Imagina eso: racionando la poca comida que

tenían, repartiendo un pedacito de atún cada dos días entre todos, sin ninguna certeza de que alguien estuviera cavando para encontrarlos.

Y entonces, un día, una perforadora que buscaba a ciegas llegó hasta ellos. Y los mineros, desde abajo, ataron una nota a la punta de esa perforadora y la mandaron de regreso a la superficie. La nota decía algo muy simple: “Estamos bien en el refugio, los 33”. Siguieron atrapados sesenta y nueve días en total, pero desde ese momento ya no estaban solos. Alguien sabía que existían. Alguien los estaba buscando. Y finalmente, todos —los treinta y tres— salieron con vida.

Fíjate que la mina no desapareció. El derrumbe seguía ahí. La oscuridad seguía ahí. Lo que cambió no fue el problema: fue saber que no estaban solos dentro de él. Eso es exactamente lo que quiero que entiendas hoy, porque es tan importante que ya te lo dije en el capítulo pasado y te lo voy a repetir muchas veces más en este libro: la promesa nunca fue que el valle oscuro se borre del camino. La promesa es la compañía dentro del valle.

Hay un verso antiguo que dice: “No temas, porque yo estoy contigo; no te angusties, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré y te ayudaré” (Isaías 41:10, NVI). Fíjate que no dice “no va a pasarte nada malo”. Dice “estoy contigo”. Es distinto, y es más verdadero. Porque a veces las cosas difíciles sí pasan —a los mineros les pasó, se les derrumbó la mina encima— pero lo que sostiene no es la ausencia del derrumbe. Es la mano que aparece adentro de él.

Cuando tú sientas que estás atrapado en algo —un miedo, una tristeza, un problema que no sabes resolver— quiero que te acuerdes de esa nota que subió desde setecientos metros bajo tierra: “Estamos bien, y seguimos aquí”. Tú también puedes escribir esa nota. Puedes decírsela a alguien. Puedes decírsela a ti mismo. Y puedes confiar en que hay Alguien, más grande que la oscuridad, que ya sabe exactamente dónde estás.

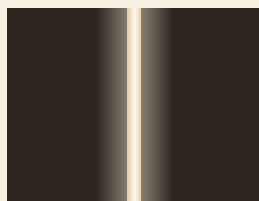
LA PALABRA

Salmo 23:4 (NVI)

Isaías 41:10 (NVI)

PARA PENSAR

- Cuando algo te asusta, ¿qué es lo que más te ayuda a sentir que no estás solo?
 - ¿A quién podrías mandarle hoy tu propia “nota desde el refugio”?
-



CAPÍTULO 3

El cuarto pequeño

A veces uno busca a Dios y no lo encuentra. No es que uno deje de creer: es que uno mira a todos lados y solo hay silencio. Y eso duele de una manera distinta a otros dolores, porque uno se siente abandonado justo cuando más necesita compañía. Si alguna vez oraste y sentiste que nadie contestaba, quiero que sepas que eso también le pasó a gente muy fuerte, y que no significa que hiciste algo mal.

Te voy a contar la historia de una mujer llamada Immaculée. Ella vivía en un país llamado Ruanda, en África, y en el año 1994 empezó ahí una violencia terrible entre personas del mismo país. Immaculée tuvo que esconderse, junto con otras siete mujeres, en un baño diminuto —del tamaño de una alfombra pequeña, imagina un espacio donde apenas cabían

de pie— durante noventa y un días. Noventa y un días sin poder hablar en voz alta, casi sin moverse, mientras afuera mataban a personas de su familia.

Ella misma contó, años después, que en ese cuarto tan pequeño oraba todo el tiempo, y que muchas veces no sentía nada, no escuchaba ninguna respuesta, no tenía ninguna señal de que Dios estuviera ahí. Y sin embargo seguía orando. Seguía sosteniéndose de esa costumbre, de esas palabras, aunque el silencio fuera lo único que recibía de vuelta. Con el tiempo, ella sobrevivió, y años más tarde tomó una decisión difícil: perdonar.

Hay un hombre en un libro muy antiguo, llamado Job, que sintió exactamente lo mismo. Él dijo: “Si me dirijo hacia el este, no está allí; si me encamino al oeste, no lo encuentro. Si está ocupado en el norte, no lo veo; si se vuelve al sur, no alcanzo a percibirlo” (Job 23:8-9, NVI). Job buscaba a Dios por todos lados y no lo encontraba. Pero después dijo algo que quiero que grabes en tu corazón: “Él, en cambio, conoce mis caminos” (Job 23:10, NVI). No dijo “ya lo encontré”. Dijo: “aunque yo no lo veo, confío en que Él sí sabe dónde estoy”.

¿Entiendes la diferencia? No es fingir que sí se ve algo cuando no se ve nada. Es como un niño que camina de noche por la casa de la mano de su papá: no lo ve, pero siente su mano, y con eso basta. No hace falta ver. Basta con no soltar.

ANTES DE SEGUIR

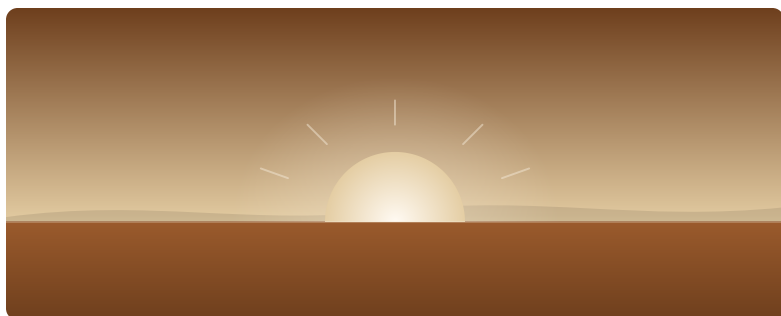
Quiero decirte algo muy importante, y quiero que me escuches con atención: si alguna vez sientes un dolor tan grande que pesa más de lo que puedes cargar tú solo, buscar ayuda de un psicólogo o de alguien que sepa acompañar ese tipo de dolor no es falta de fe. Es un acto de amor propio, tan válido como orar o pedirle consejo a alguien en quien confías. No hay nada de qué avergonzarse en pedir ayuda.

LA PALABRA

Job 23:8-10 (NVI)

PARA PENSAR

- ¿Alguna vez sentiste que buscabas y no encontrabas respuesta? ¿Qué hiciste con esa espera?
 - ¿A quién podrías pedirle ayuda, hoy, si el peso se siente demasiado grande?
-



CAPÍTULO 4

Cada mañana

Hay una espera distinta a las demás: la que no tiene fecha. No es esperar el fin de semana, ni esperar el cumpleaños. Es esperar algo sin saber cuándo va a llegar, ni siquiera si va a llegar. Y esa espera cansa de un modo profundo, porque cada día que pasa uno se pregunta: “¿esto va a durar para siempre?”. Si alguna vez sentiste ese cansancio de esperar sin fecha, esta historia es para ti.

Hubo un hombre llamado Nelson Mandela que pasó veintisiete años de su vida en la cárcel. Veintisiete años. Piensa en todo lo que puede pasar en veintisiete años: uno nace, crece, aprende a caminar, va a la escuela, se hace grande. Él pasó todo ese tiempo encerrado, sin saber si algún día iba a salir. Y sin embargo, años después, cuando por fin quedó libre, en 1990, resumió aquellos años en una idea que

ha quedado para siempre: que la esperanza nunca se apagó, y que fue eso lo que lo sostuvo. No dijo que supo la fecha exacta de su libertad. Dijo que la esperanza lo sostuvo mientras esperaba sin fecha.

¿Cómo se sostiene una esperanza durante tanto tiempo, sin apagarse? Yo creo que es como el sol. El sol no sale una sola vez y ya. Sale todos los días, aunque la noche anterior haya sido larga y oscura. Hay un escrito muy antiguo, de un tiempo en que un pueblo entero había perdido su ciudad y lloraba su pérdida, que dice: “El gran amor del SEÑOR nunca se acaba, y su compasión jamás se agota. Cada mañana se renuevan sus bondades” (Lamentaciones 3:22-23, NVI). Fíjate bien: esto no se escribió en un día feliz. Se escribió en medio del duelo, en medio del llanto por todo lo que se había perdido. Y aun así, en medio de ese dolor, alguien se atrevió a decir: mañana va a amanecer otra vez.

Esa es la esperanza de la que te quiero hablar: no la que finge que no pasa nada malo, sino la que se renueva cada mañana adentro del dolor real. No hace falta dejar de llorar para tener esperanza. Se puede llorar y, al mismo tiempo, esperar que mañana amanezca de nuevo.

Hay otra palabra antigua que me gusta mucho, y que quiero regalarte hoy: “la fe es la garantía de lo que se espera, la certeza de lo que no se ve” (Hebreos 11:1, NVI). Fíjate que no dice “la fe es ver el futuro”. Dice que es sostener algo que todavía no se ve, como quien sostiene una semilla en la mano sin ver todavía el árbol que va a crecer. Mandela no vio, durante veintisiete años, el día exacto de su libertad. Pero sostuvo esa semilla todos los días, sin soltarla.

Cuando algo tarde mucho en tu vida —una respuesta, una solución, un sueño— acuérdate de esto: no hace falta ver el final para sostener la esperanza cada mañana. Solo hace falta despertar, un día más, y decidir sostenerla otra vez.

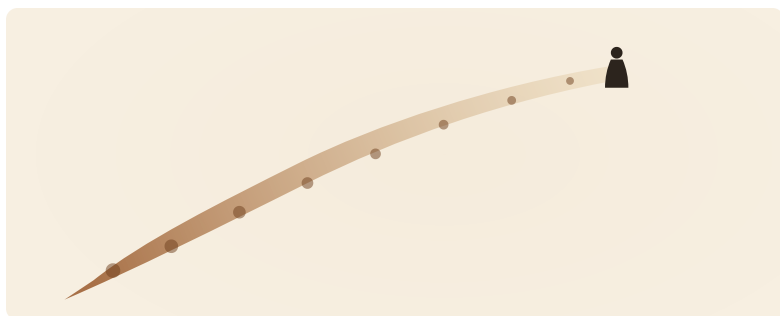
LA PALABRA

Lamentaciones 3:22-23 (NVI)

Hebreos 11:1 (NVI)

PARA PENSAR

- ¿Hay algo que llevas esperando mucho tiempo, sin saber cuándo va a llegar?
 - ¿Qué significaría para ti “renovar la esperanza” mañana por la mañana, aunque hoy haya sido un día difícil?
-



CAPÍTULO 5

El hombre que buscó sentido

Hay una pregunta que a veces se nos queda atorada en el pecho, y es la más difícil de todas: “¿para qué me pasó esto?”. No la pregunta de “qué voy a hacer ahora”, sino la más honda, la que busca sentido. Si alguna vez sentiste que el dolor no solo dolía sino que además parecía no tener ningún propósito, quiero contarte de dos hombres que se hicieron esa misma pregunta, cada uno a su manera.

El primero se llamaba Viktor Frankl. Era médico, y vivió una de las épocas más oscuras que ha conocido la humanidad: perdió a su esposa, a sus padres y a su hermano durante el Holocausto, ese tiempo terrible en que millones de personas fueron perseguidas y asesinadas solo por ser quienes eran. Frankl sobrevivió, y años después escribió un libro llamado “El hombre en busca de sentido”. En ese libro contó algo que

observó con sus propios ojos, ahí adentro, en los lugares más difíciles que existieron: las personas que lograban conectar con algún propósito —por pequeño que fuera, como el recuerdo de alguien a quien amaban, o la esperanza de volver a ver algo hermoso— resistían mejor los días más duros.

Fíjate que Frankl no dijo que encontrar sentido hacía que el dolor desapareciera. El dolor seguía siendo real, tan real como siempre. Pero el sentido le daba a la gente algo para sostenerse mientras el dolor pasaba por encima de ellos, como quien se agarra fuerte de un tronco mientras pasa la corriente de un río.

Ahora te voy a contar de otro hombre, uno mucho más antiguo, llamado José. Cuando era joven, sus propios hermanos lo traicionaron: lo vendieron como esclavo, y él terminó lejos de su casa, sin saber si algún día volvería a ver a su familia. Pasaron muchos, muchos años. Y un día, después de mucho tiempo, José se volvió a encontrar con esos mismos hermanos, y en vez de vengarse, les dijo algo que solo se puede decir mirando hacia atrás, después de haber recorrido todo el camino: “ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios transformó ese mal en bien” (Génesis 50:20, NVI).

Quiero que notes algo muy importante, porque es fácil confundirlo: José no dijo esas palabras el día que lo vendieron. No se las dijo a nadie que estuviera sufriendo en ese momento. Las dijo muchos años después, mirando hacia atrás, cuando ya podía ver todo el camino recorrido. Nunca le digas a alguien que está sufriendo ahora mismo que “todo mal en realidad es bueno”. Eso no se dice en medio del dolor:

solo a veces, con el tiempo, y solo cada quien puede decírselo a sí mismo mirando su propia historia hacia atrás. Nadie tiene derecho a decírselo a otro mientras el otro todavía está cargando su noche.

Lo que sí podemos decir es esto: así como Frankl encontró sentido en medio de lo peor, y José entendió su historia solo después de haberla recorrido por completo, tú tampoco necesitas entender hoy todo lo que estás viviendo. A veces el sentido se ve caminando hacia adelante, y a veces solo se ve mirando hacia atrás, mucho después. Las dos cosas están bien.

Y AQUÍ QUIERO REPETIRTE

Lo mismo que te dije antes: si el dolor de tu historia pesa más de lo que puedes cargar solo, hablar con un psicólogo o un profesional que sepa acompañar ese dolor no es debilidad ni falta de fe. Es sabiduría, y es cuidarte como cuidarías a alguien que amas.

LA PALABRA

Génesis 50:20 (NVI)

PARA PENSAR

- ¿Hay algo en tu pasado que hoy entiendes distinto a como lo entendiste en el momento en que pasó?
 - ¿Qué pequeño propósito —una persona, un sueño, una tarea— te ayuda a sostenerte en tus días difíciles?
-



Cuatro cosas que quiero enseñarte

Ven, siéntate un momento conmigo. Antes de que sigas caminando solo por la vida, quiero dejarte cuatro cosas pequeñas, como cuatro piedras que puedas llevar en el bolsillo.

- 1 Nómbralo antes de avanzar.** Cuando sientas miedo, tristeza, o esa sensación rara en el pecho, no la empujes para adentro. Dile su nombre, aunque sea solo para ti mismo: “tengo miedo”, “estoy triste”, “esto me duele”. Ponerle nombre a lo que sientes lo hace más pequeño y más manejable, como cuando prendes la luz de tu cuarto y ese “algo” que te asustaba en la oscuridad resulta ser solo tu abrigo colgado en la silla.

- 2 El paso de hoy, no la escalera completa.** No hace falta que veas todos los escalones para subir el primero. Recuerdas cuando aprendiste a subir las escaleras de la casa, ¿verdad? No mirabas hasta el último escalón: mirabas el que tenías justo debajo de tu pie. Así también se camina la vida. Un escalón. Después otro.
- 3 La gratitud realista.** Esto no significa fingir que todo está bien cuando no lo está. Significa que, aunque afuera esté lloviendo fuerte, tú puedes encender una lucecita pequeña adentro de tu linterna y decir: “esto sí lo tengo hoy, esto sí es bueno”. La tormenta no desaparece porque prendas la luz. Pero con la luz encendida, caminas mejor dentro de ella.
- 4 Caminar sin el mapa completo.** Piensa en un niño que va de la mano de su papá por un lugar que nunca ha visto: no conoce el camino, no sabe qué hay en la próxima esquina. Pero no tiene miedo, porque va tomado de la mano. Eso es lo que quiero que aprendas: no necesitas conocer todo el camino. Necesitas una mano, y la decisión de no soltarla.

Guarda estas cuatro piedras. Vas a necesitarlas más de una vez.

Palabra de cierre

Quiero terminar este libro con una bendición, algo así como la que recibe un niño cuando lo acuestan y le ponen la mano sobre la cabeza antes de apagar la luz.

Que el Creador, el Eterno, Aquel a quien tantas voces distintas han llamado por tantos nombres a lo largo de los siglos, te sostenga en las noches donde no veas el camino. Que te dé una imagen, aunque no un mapa completo. Que ponga alguien a tu lado en el valle, aunque el valle no desaparezca. Que renueve tu esperanza cada mañana, aunque la noche anterior haya sido larga. Que te dé sentido para sostenerte, aunque hoy no entiendas todo lo que estás viviendo.

Y sobre todo, que nunca olvides esto: no importa cómo llames a Dios, ni en qué tradición hayas crecido buscándolo —si te enseñaron a llamarlo Padre, Señor, el Eterno, o Dios de tus padres— lo que importa es que no caminas solo. Nunca has caminado solo.

Yo tampoco sé todo lo que va a pasar en tu vida. Pero sé esto: mientras yo pueda, voy a sostener tu mano. Y cuando yo ya no pueda, hay Alguien más grande que nunca la suelta.

Antes de cerrar el libro

Hemos caminado juntos por cinco historias esta semana: unas estrellas que Abraham no pudo contar, una nota que subió desde setecientos metros bajo tierra, un cuarto tan pequeño como una alfombra, veintisiete años de espera, y un sentido que solo se entiende mirando hacia atrás.

Ninguna de estas historias promete que el camino se vuelva fácil. Todas prometen lo mismo: que no se camina solo.

Una pregunta para esta semana: ¿Cuál es el paso de hoy —no el camino completo, solo el paso de hoy— que puedes dar, aunque todavía no veas a dónde lleva?

Llévate esta pregunta contigo durante los próximos días. Escríbela en algún lugar donde la veas. Vuelve a ella cuando el miedo aparezca.

La próxima semana, en el libro #2, vamos a hablar de algo que a veces cuesta más que caminar en la oscuridad: escuchar la voz suave que nos habla en medio del ruido. Nos vemos entonces.

Con cariño,
José.

Bibliografía y fuentes

Nada de lo que leíste aquí es inventado. Cada palabra antigua y cada historia tiene su origen, y aquí está, por si algo te movió y quieres ir a la fuente.

Los escritos

Todas las citas provienen de la **Nueva Versión Internacional (NVI)**, © Biblica, Inc. Se citan textualmente, y fueron verificadas una por una contra el texto oficial.

- **Génesis 15:5** — la promesa de las estrellas a Abram
- **Génesis 50:20** — las palabras de José a sus hermanos
- **Salmo 23:4** — el valle y la compañía
- **Job 23:8-10** — buscar a Dios y no encontrarlo
- **Isaías 41:10** — “yo estoy contigo”
- **Lamentaciones 3:22-23** — las bondades que se renuevan cada mañana
- **Hebreos 11:1** — la certeza de lo que no se ve

Las historias

Los 33 mineros de la mina San José (Chile, 2010).

Rescate documentado por la prensa internacional y por el registro oficial del gobierno chileno.

Infobae — A 14 años del rescate de los 33 mineros: 69 días bajo tierra.

infobae.com/historias/2024/10/13/a-14-anos-del-rescate-de-los-33-mineros-69-dias-bajo-tierra-rationamiento-extremo-y-el-intento-de-darlos-por-muertos/

Immaculée Ilibagiza (Ruanda, 1994). Su testimonio en primera persona.

Ilibagiza, Immaculée. Left to Tell: Discovering God Amidst the Rwandan Holocaust. Hay House, 2006.

Nelson Mandela (Sudáfrica). Cronología de sus 27 años de prisión.

Fundación Nelson Mandela —

nelsonmandela.org/trials-and-prison-chronology

Viktor Frankl. Su paso por los campos de concentración y la búsqueda de sentido.

Frankl, Viktor. El hombre en busca de sentido. 1946.

La tragedia de los Andes (1972). Los 72 días en la cordillera y la travesía a pie de Nando Parrado y Roberto Canessa.

National Geographic — Tragedia de los Andes: el paso a paso de la historia real.

nationalgeographicla.com/historia/2024/01/tragedia-de-los-andes-el-paso-a-paso-de-la-historia-real-del-accidente-en-la-cordillera

Una nota honesta

El relato de Immaculée Ilibagiza es su testimonio personal, y así lo compartimos: como su testimonio. Y ninguna de estas historias se presenta aquí como prueba de nada. Son personas reales que atravesaron la incertidumbre. Cada quien es libre de leerlas desde su propia fe.

FIN DEL LIBRO SEMANAL #1



“Un libro nuevo cada semana, para los días en que no ves el camino.”

Este es el primero de muchos. Cada semana, una historia real y una palabra antigua para sostener la esperanza. Si algo aquí te movió, no lo guardes solo para ti: compártelo con quien hoy lo necesita.

Este libro es un regalo, y es tuyo. Descárgalo, compártelo, regálalo a quien hoy lo necesite: es gratis, y siempre lo será.

Somos un grupo sin ánimo de lucro. Cada vez que lo compartes, y cada donación —dinero, alimentos o ropa— nos ayuda a crecer como comunidad y a llevar este mensaje a más personas.

godlives.co

Únete a nuestro Canal de WhatsApp para recibir cada libro nuevo, gratis.

GODLIVES · ESCRITO POR JOSÉ MARTÍNEZ · GODLIVES.CO